

Las razones para creer en la inexistencia de Dios según los materialistas

Existe un gran número de argumentos a favor de la inexistencia de Dios y algunos de ellos plantean auténticas preguntas. El lector que lo desee podrá encontrarlos en internet y constatar que existe en este ámbito una multitud de libros¹ y de artículos.² Vamos a examinar veinte argumentos, lo que cubre la mayor parte de las tesis que se pueden encontrar al respecto. Hemos tratado de clasificarlos por temas y los evocaremos tal como se formulan y reproducen habitualmente, en su aspecto muchas veces más «árido».

I. Los argumentos de los escépticos

1. «No existe ninguna prueba de la existencia de Dios, de lo contrario ya se sabría»

La tesis según la cual no existirían pruebas de la existencia de Dios está bastante difundida y es más bien consensual. Esperamos que la lectura de este libro haya bastado para convencer al lector de su inexactitud. Podrá eventualmente considerar que las pruebas presentadas aquí, entre otras pruebas posibles, no bastan para hacerlo cambiar de opinión, pero resulta difícil sostener que no existen.

1. Ver particularmente Sébastien Faure, *Doce pruebas de la inexistencia de Dios*, 1908; Bertrand Russell, *Por qué no soy cristiano*, 1927; Richard Dawkins, *El espejismo de Dios*, 2006.

2. Ver Wikipedia, en el artículo *Existencia de Dios*, el punto 3, «Argumentos en contra de la existencia de Dios», https://es.wikipedia.org/wiki/Existencia_de_Dios.

2. «Le toca probar lo que dice al que afirma algo, y no la inversa»

Cuando alguien afirma que no existen pruebas de la existencia de Dios, suele añadir el comentario siguiente: *«De todos modos, le toca probar lo que dice al que afirma algo, y no la inversa»*. En otros términos, quien afirma la existencia de Dios tiene que probar lo que dice y no su contradictor, el cual, mientras tanto, se contentará con no creer en nada.

Es exacto que el que afirma algo tiene que probar la veracidad de sus afirmaciones, de hecho, es la razón de ser de este libro. En cambio, lo que viene después de esta tesis, a saber, que es preferible no creer en nada «mientras tanto», no demuestra una gran sabiduría. Efectivamente, en este ámbito, no creer en nada ya es, en cierto modo, hacer una elección.

3. «La existencia como la inexistencia de Dios son imposibles de demostrar, por lo tanto, más vale dejar de hablar del tema»

Aunque se parezca un poco a la primera, esta tesis es, en realidad, más ambiciosa. Porque, si el primer argumento reivindica una forma de ignorancia, esta otra tesis pretende proceder del saber e incluso de una forma de verdad científica. Se trata en realidad de la posición que el filósofo alemán Emmanuel Kant formuló en 1781. Es, por lo tanto, muy anterior a los descubrimientos científicos del siglo XX expuestos en la primera parte de este libro.

Al afirmar esto, Kant no pretendía recusar la existencia de Dios. Afirmaba, sin embargo, la imposibilidad, según él absoluta, de responder de manera segura a esta pregunta. Su tesis tiene aún hoy un amplio apoyo entre los intelectuales.

Sea cual sea su valor en la época de Kant, esta tesis, a nuestro parecer, se encuentra hoy superada. Efectivamente, los principales descubrimientos científicos de finales del siglo XX muestran que física y metafísica pueden converger. El principio y el fin del Universo, así como la puesta en evidencia del ajuste fino que lo rige, prueban que la ciencia actual-

mente está en medida de aportar argumentos muy serios en cuanto a la necesaria existencia de Dios.

4. «Dios no es una hipótesis necesaria para explicar el Universo, ni para hacerlo funcionar, por lo tanto, podemos prescindir de él»

El argumento anterior apuntaba hacia la imposibilidad de demostrar la existencia de Dios, este pretende que su existencia no es necesaria. Según este argumento, la afirmación de tal «ausencia de necesidad», que parece poder resultar de las tesis deterministas del siglo XIX, permite llegar a la conclusión siguiente: *«Si el Universo no necesita a Dios para existir y para funcionar, lo más simple, que es en general lo mejor, es pensar que no existe»*. Es la posición que el matemático Laplace habría expuesto ante Napoleón.

Este argumento es en sí mismo muy débil, porque bien se puede imaginar que un dios haya creado un Universo comprensible por el hombre y que funcionaría luego solo sin que ninguna intervención por su parte sea necesaria, tal como podría suceder con un reloj sofisticado y bien concebido. La «ausencia de necesidad» de la hipótesis de Dios para hacer funcionar el Universo no sería pues, en modo alguno, prueba de su inexistencia.

Pero los grandes descubrimientos recientes vienen a contradecir ese argumento, y de manera frontal. El punto de partida de esta tesis, a saber, que Dios no es una hipótesis necesaria, parece cada vez más débil.

5. «La insignificancia del hombre y de la Tierra aportan la prueba de que el hombre no es objeto de un destino particular; por lo tanto, no puede proceder de un dios»

Este argumento se funda en la idea que el hombre y la Tierra son insignificantes dentro del Universo. Y esta insignificancia parece incompatible con el hecho de que el hombre pretenda ser la obra maestra de la creación. En esta perspectiva, no se entiende por qué el hombre podría ser el beneficiario de un destino inmortal otorgado por un dios todopoderoso.

Los que defienden este argumento recuerdan que la Tierra no está en el centro del Universo, que no es sino un pequeño planeta que gira alrededor del Sol y no a la inversa, que nuestro sistema solar es en sí insignificante, tan solo un grano de polvo en una galaxia, ella misma perdida en medio de miles de millones de otras galaxias, en algún lugar, en el fondo del Universo. Sobre todo, insisten en que el hombre en cuestión no es más que el descendiente de primates y que su aparición no es sino el resultado de procesos fisicoquímicos perfectamente fortuitos. Por todos esos motivos, la insignificancia del hombre y de la Tierra les parece incontestable y, por lo tanto, incompatible con todo tipo de pretensión a un origen divino.

Por eso, la creencia en un dios autor de un destino privilegiado para el hombre no sería sino el reflejo del deseo de inmortalidad del hombre. Un deseo que revelaría ante todo su vanidad e ingenuidad.

Este argumento pudo tener cierto valor hace un siglo, pero ya no es el caso. Efectivamente, sabemos ahora que las premisas de dicho razonamiento son falsas.

La Tierra no es un pequeño planeta perdido en el fondo del Universo. Pasa con el Universo como con la superficie de una esfera que no tiene ni centro, ni rincón perdido. En cuanto al tamaño de nuestro planeta, resulta que es exactamente el adecuado. En otras palabras, su tamaño es perfecto. En definitiva, la aparición de la vida y del hombre no es para nada un fenómeno fisicoquímico fortuito, lo que demostró ampliamente el capítulo sobre la biología.

- 6. «Las encuestas muestran que hay actualmente pocos científicos creyentes, en todo caso menos que en la población en su conjunto; lo que prueba que la ciencia lleva a la convicción de la inexistencia de Dios, lo cual es lógico, ya que no existe»**

Este punto importante ha sido tratado en detalle en el capítulo 14 y hemos visto que carecía de fundamento pretender que la ciencia llevaba naturalmente al materialismo.

II. Los argumentos de los filósofos

7. ¿Acaso Dios puede crear una piedra tan pesada que no pueda levantarla?

Esta pregunta parece tener tan solo dos respuestas posibles. O bien no la puede crear, y en ese caso no es todopoderoso; o bien puede crearla, pero no puede levantarla, y en ese caso tampoco es todopoderoso. En ambos casos, no es todopoderoso; y, ya que debe serlo, es que no existe.

Esta prueba tiene como punto de partida un error. Dios es todopoderoso, pero no puede hacer cosas ilógicas y contradictorias. Ya que es la razón misma, no puede hacer una cosa y su contrario. No puede hacer que una cosa sea verdadera y falsa al mismo tiempo, del mismo modo que no puede hacer que dos más dos sumen cinco.

Dios no puede crear una piedra más grande que él, y esto no afecta en modo alguno a su omnipotencia.

8. ¿Acaso Dios puede suicidarse?

Si Dios puede suicidarse, significa que no es eterno; y si no lo puede, significa que no es todopoderoso. En ambos casos tenemos la prueba de que no es Dios, y por consiguiente de que no existe.

Esta prueba deriva del mismo error que la precedente.

Aunque simplistas, era necesario citar estas dos pruebas filosóficas y aportarles una respuesta. El lector tiene que saber que existen muchas otras del mismo tipo que no podemos evocar aquí. Recordemos que la primera de estas pruebas se encuentra citada y refutada por el propio santo Tomás de Aquino.

9. «Un Dios perfecto no puede haber creado un mundo imperfecto. Así pues, ya que el mundo evidentemente es imperfecto, es la prueba de que Dios no existe»

El error de este razonamiento reside en pensar que Dios solo podría crear cosas perfectas. De hecho, si fuera verdad, no sería todopoderoso. Dios puede perfectamente crear cosas imperfectas si es para llevarlas con el tiempo a su perfección.

Desde este punto de vista, el hombre, que no es una cosa, sino un ser, no está terminado en el momento de su nacimiento. Tiene la posibilidad de estudiar, de instruirse, de construirse a sí mismo, de crecer, de perfeccionarse y, en ese mismo movimiento, de determinar lo que será en la eternidad, en función de lo que haya decidido hacer durante su vida en la Tierra. En resumidas cuentas, dentro de este esquema, el hombre es en parte autor de sí mismo, en parte su propio creador.

Solo las máquinas, que son herramientas, deben ser perfectas desde su entrega. A la inversa, el hombre, que está concebido para ser libre, tiene el privilegio de poder evolucionar y perfeccionarse a sí mismo con el tiempo.

Si, desde el inicio, el mundo hubiese tenido que ser perfecto y permanecerlo hasta su término, la libertad del hombre no habría existido, tampoco sus méritos.

Un mundo perfecto es fatalmente un mundo terminado o un mundo determinista; ahora bien, nuestro mundo, por un tiempo, no es ni lo uno ni lo otro.

Así pues, el mundo y el hombre son imperfectos por estos dos motivos: por un lado, para que el hombre pueda evolucionar en el tiempo y, por el otro, para que esta evolución pueda ser el resultado de su libertad de acción.

En esta perspectiva, la imperfección provisional del mundo, o más bien el hecho que no esté acabado, no significa la inexistencia de Dios. Revela más bien su capacidad para crear seres libres y evolutivos.

10. «Si Dios es omnisciente y conoce el porvenir, el hombre no es libre; en cambio, si no lo sabe todo, significa que no es todopoderoso, y, por lo tanto, no existe»

Las facultades de Dios, como lo podemos imaginar, superan el entendimiento humano, ya que, si existe, no es superior de nosotros en algunos grados, es en realidad completamente diferente de nosotros: es trascendente. Solo podemos tener de Él ideas y representaciones muy aproximativas.

Es así con todo lo que atañe a su infinitud, su eternidad, su omnipotencia, su omnisciencia.

En esta perspectiva, la contradicción entre omnisciencia y libertad debe más bien ser interpretada como el resultado de la trascendencia de Dios y no como de su inexistencia.

11. «Dios no es compatible con el azar: si Dios es perfecto y todopoderoso, entonces el azar no puede existir. Ahora bien, el azar existe, por lo tanto, Dios no existe»

La omnipotencia de Dios, si existe, no implica de ninguna manera que tenga que regular cada detalle y cada instante de la vida del Universo.

Su omnipotencia supone tan solo que podría hacerlo si lo quisiera.

Si Dios controlase todo en sus menores detalles, el azar no existiría y el mundo estaría totalmente determinado de antemano. En ese caso, Dios sería el autor de una gran máquina o de un algoritmo y el hombre un autómatas perfeccionado, sin libertad alguna.

Como Dios quiere que seamos seres libres, era necesario que el mundo no estuviese determinado con anterioridad y que existiese el azar.

El descubrimiento en el siglo XX de la naturaleza cuántica de nuestro mundo —un mundo indeterminado— es un descubrimiento esencial en el plano metafísico. De manera indirecta, conforta más bien la tesis

de la existencia de Dios y prueba a la inversa la fragilidad de las tesis deterministas de los científicos materialistas del siglo XIX.

Así pues, la existencia del azar participa más bien de los argumentos a favor de la existencia de Dios, mientras que la inexistencia del azar habría participado en los de su inexistencia.

Gracias al azar deseado de manera deliberada, Dios limita no solo el ejercicio de su omnipotencia, sino también la visibilidad de esta última.

Antoine Suarez, físico suizo y especialista de la mecánica cuántica, escribe: *«El azar y la orientación tienen el mismo origen y la misma causa... ¿El azar sería uno de los asuntos más importantes creados por Dios en el comienzo?»*.³

El mismo autor escribe también: *«No puede haber a la vez libertad y determinismo científico. O bien la libertad es una ilusión, o bien la «física clásica» no puede ser considerada como acabada»* — *«En física cuántica, las leyes de la libertad pueden ser introducidas [de manera subrepticia] en la causalidad natural»*.

12. **«Si Dios es perfecto, se basta a sí mismo. Por lo tanto, no tenía ninguna necesidad de crear el mundo. Ahora bien, el mundo existe, entonces Dios no existe»**

Los tres primeros pasos de la argumentación son perfectamente exactos: Dios es perfecto y se basta a sí mismo; por consiguiente, no tenía ninguna necesidad de crear el mundo.

El error de este razonamiento aparece cuando se pasa de la afirmación *«Dios no tenía ninguna necesidad»* (lo que, en sí, es verdad), a esta otra *«... por lo tanto, ciertamente no lo hizo»* (lo que es falso). Porque Dios puede perfectamente hacer cosas que no necesita, como los hombres, de hecho.

3. En el marco del seminario titulado «Does God play Dice?», Londres, 2 a 7 de enero de 2007.

Efectivamente, Dios no necesitaba crearnos, ya que era perfectamente feliz y se bastaba a sí mismo, pero, en la visión judeocristiana, el amor desbordante que se encuentra en Dios quiso que otros seres pudieran compartir su felicidad. Es propio del amor el hecho de dar de manera gratuita y de compartir, sin necesidad alguna, sin esperar por ello ningún tipo de retribución.

Por lo tanto, es gracias a la gratuidad del amor de Dios que el mundo y el hombre existen.

13. «El Universo se basta a sí mismo. No necesita causa»

El argumento consiste en decir que una de las principales pruebas filosóficas de la existencia de Dios en la que insisten los creyentes es que no existe efecto contingente sin causa; ahora bien, ya que el Universo es un efecto, necesitaría una causa y, ya que no se puede remontar indefinidamente en el orden de las causas, es necesario deducir de ello la existencia de un ser necesario, causa primera de todo lo que existe, que se llama «Dios».

Pero este razonamiento sería falso si el Universo se bastase a sí mismo: por consiguiente, no sería un efecto. Sería autónomo, autosuficiente y por supuesto eterno, como una gran cadena cerrada sobre sí misma y en la cual todos los eslabones sin excepción están vinculados unos a otros. Si el Universo no fuese un efecto, no necesitaría tener una causa para existir. De lo que derivaría que Dios no sería en absoluto necesario. Ahora bien, si no fuese necesario, podríamos suponer que no existe.

Este razonamiento no pretende ser una prueba directa de la inexistencia de Dios, sino la refutación de una prueba de su existencia, aunque, gracias a un salto poco justificado, desemboque luego en la conclusión de la inexistencia de Dios.

Si hay algo efectivamente que mostraron los grandes descubrimientos científicos del siglo XX, es que el Universo no es un «*Gran Todo*» cerrado sobre sí, eterno y autosuficiente. La muerte térmica del Universo

y la ausencia de Big Crunch fueron demostradas al final del siglo XX y constituyen la prueba de que la idea de un Universo que sería un «*Gran Todo universal, eterno y autosuficiente*» es falsa.

Así pues, el argumento filosófico que consiste en decir que el Universo no es un efecto porque es un «*Gran Todo*» carece hoy totalmente de valor.

III. Los argumentos de los moralistas

14. «Un Dios bueno no podría crear el mal y el sufrimiento en el mundo, ni siquiera tolerarlos; ahora bien, el mal y el sufrimiento existen en el mundo, por lo tanto, Dios no existe»

Este argumento filosófico es, con razón, el que nos afecta más. No se presenta solo como una prueba de la inexistencia de Dios, a menudo se formula como una forma de reproche dirigido a Dios. El misterio del mal y del sufrimiento es profundo. Los libros sapienciales del Antiguo Testamento de Job y de Tobías están totalmente dedicados a esta cuestión y no podemos resumirlos en unas líneas. Remitimos al lector a la Biblia, ya que una de sus principales metas es hacernos entender la cuestión de la existencia del mal.

Notemos, no obstante, que esta prueba tiene ciertos puntos en común con la del mundo imperfecto, y que los argumentos evocados anteriormente se aplican también en este caso. Hay, sin embargo, diferencias substanciales entre «la imperfección del mundo» y el «mal», lo que nos lleva a hacer algunos breves comentarios.

Según la Biblia, Dios no es responsable del mal que existe en el mundo. El mal habría sido introducido en el mundo por el hombre, incitado por el diablo. Siempre en esta perspectiva, Dios tolera el mal, a título provisional, por las razones evocadas anteriormente: las que permiten al hombre ejercer su libertad, darle ocasión de evolucionar, de construirse, de determinar su destino final y de enriquecerse a sí mismo gracias a las acciones positivas de su vida temporal.

El sufrimiento de los inocentes es, por cierto, intolerable, pero también tenemos que reconocer que es imposible juzgar en este mundo las acciones de Dios.

Así pues, en la perspectiva bíblica, el mal y el sufrimiento no son la prueba de la inexistencia de Dios, sino la consecuencia del ejercicio equivocado que los ángeles y los hombres hicieron de su libertad.

15. «Los creyentes no son ejemplares y la mala vida de algunos, a veces incluso su vida escandalosa, son la prueba de que su religión no es sino una fachada detrás de la cual no hay nada»

Es verdad que el testimonio de una vida tiene más valor que todos los discursos reunidos. Los primeros cristianos convirtieron al mundo gracias a su vida ejemplar y al martirio aceptado por gran parte de ellos, y no gracias a sus largos sermones.

De manera inversa, el ejemplo de los malos cristianos tuvo a lo largo de los siglos el efecto contrario.

La mala vida de algunos creyentes, que profesan virtudes atractivas como el hecho de compartir, el perdón, la fraternidad, etc., pero que, en la realidad, actúan de manera opuesta, no es una prueba de la inexistencia del dios que profesan, sino más bien de la dificultad para el hombre de poner su vida en adecuación con sus creencias.

IV. Los argumentos sacados de las religiones

16. «La presencia en la Tierra de múltiples religiones contradictorias es incompatible con la existencia de un Dios único y bueno»

Es innegable: existe en la tierra una multitud de religiones diferentes y en contradicción unas con otras. Por lo tanto, la mayor parte de esas religiones son necesariamente falsas. Se puede concluir que gran parte de la humanidad practica inútilmente religiones vanas, que una multitud inmensa de hombres nace, vive y muere en el error, sin ser, no obstante, responsables de ello.

Ahora bien, por definición, Dios, que es justo, bueno y todopoderoso, tendría que haber transmitido la verdad a los hombres. Si no lo hizo, es o bien porque no pudo hacerlo —y en ese caso no es todopoderoso— o bien no quiso hacerlo —y en ese caso no es ni bueno ni justo—. En ambos casos, no puede ser Dios. De lo que derivaría, una vez más, que Dios no existe.

Para contestar esta pregunta, hay que empezar por decir que Dios siempre suscitó dos acusaciones simultáneas y contradictorias: la primera, el ser un tirano que se mete en todo y se pasa el tiempo prohibiendo todo tipo de cosas a los humanos; la segunda, el ser indiferente o estar ausente, dejando prosperar el mal y a aquellos que se entregan a él. Al menos una de esas dos acusaciones es necesariamente falsa, tal vez incluso las dos: procedamos a su examen.

Dios no es sino un tirano: es la acusación que sugiere la serpiente de la Biblia cuando le dice a Eva: «*¿Conque Dios os ha dicho: “No comáis de todo árbol del huerto”?*» (Gn 3, 1). Aunque es falsa, ya que los frutos de un solo árbol estaban prohibidos, esta acusación prosperó a lo largo de los siglos.

Basta con pensar un instante para ver que esa acusación carece de fundamento. El hombre hace lo que quiere en cada instante de su vida y la experiencia cotidiana le muestra que ningún castigo celeste se abate sobre él cuando no respeta las prohibiciones divinas. En la óptica bíblica, Dios le dejó al hombre un «modo de empleo» para conducir su vida. Dicho «modo de empleo», esta «manera de proceder», está escrita en su conciencia, pero cada cual es libre de respetarla o no. La acusación «*Dios es un tirano*» carece por lo tanto de fundamento.

La acusación opuesta, la segunda, según la cual «*Dios está ausente y deja hacer el mal*», es más seria. Solo se puede entender si se admite que Dios otorga una gran importancia a la libertad humana. Por este motivo, Dios no puede impedir que el hombre actúe mal, porque implicaría cuestionar su libertad.

Por ello, la multiplicidad de religiones y de errores que estas comportan son el testimonio de la libertad que Dios deja a los hombres y no de su inexistencia.

17. «La multiplicidad de dioses atestigua que no existe ninguno»

Esta objeción es casi idéntica a la que evocamos en el párrafo anterior y la respuesta que se puede dar es la misma.

18. «Las religiones siempre fueron factores de guerras y de violencias»

Los defensores de esta tesis parten de la constatación de que las religiones, que supuestamente son las representantes en la tierra de un dios bueno, engendraron con frecuencia guerras y violencias. Entonces, ya que esas religiones dan malos frutos, no pueden tener su origen en un dios bueno; se puede, por lo tanto, concluir que Dios es malo o que no existe. Ahora bien, ya que Dios no puede ser malo, entonces es que no existe.

Pero las premisas de este razonamiento son falsas, y le debemos al siglo XX el haberlo demostrado ampliamente. En el siglo pasado, efectivamente, las guerras realizadas por los defensores del materialismo fueron más crueles, violentas, largas y mortíferas que todas las guerras de religión libradas en el pasado. Las violencias y las crueldades cometidas por Hitler, Stalin, Mao Tse-Tung y Pol Pot no tuvieron precedente alguno en la historia humana.⁴

4. La enciclopedia de la guerra, *Encyclopedia of Wars*, de Phillips y Axelrod, identificó un total de 1763 guerras que tuvieron lugar a lo largo de la historia de la humanidad. Sobre esas 1763 guerras, 123 estaban basadas en motivos religiosos, lo que representa un poco menos del 7% del total. No solo las guerras libradas por motivos religiosos no son tan numerosas como lo piensan algunas personas, sino que, siempre según esa misma enciclopedia, el número de muertos en el marco de esas 123 guerras de carácter religioso sería equivalente al 2% del número total de los muertos, víctimas de todas las guerras. Lo que significa que las guerras «religiosas» generan habitualmente menos víctimas que las guerras libradas por otros motivos. Ver <https://www.foicatholique.com/2013/08/lesreligions-sont-elles-la-plus-grande-html>.

Lamentablemente, se debe concluir de todo esto que es el hombre quien tiene inclinación al mal y a la violencia y que las religiones e ideologías no han sido, por lo general, más que instrumentos o pretextos de esa tendencia.

Así pues, la historia reciente nos muestra que este argumento carece de valor.

19. «La existencia de un Infierno eterno prueba que Dios no es bueno. Ahora bien, como Dios debe ser bueno por definición, esto significa que ni él ni el Infierno existen»

Dicho de otro modo: «El Infierno es una sanción infinita; ahora bien, el hombre, al ser a la vez limitado, ignorante y en gran parte irresponsable, todo lo que hace, incluso el mal, es limitado; un Infierno infinito es por consiguiente un castigo desproporcionado e injusto. Si existe, Dios es necesariamente justo; y ya que el Infierno aparece como un castigo injusto, es que Dios no existe».

Este argumento se basa en el concepto judeocristiano del Infierno y, por lo tanto, contestaremos desde esa óptica.

La existencia del Infierno, lugar de sufrimiento y destino sin retorno, es una de las realidades más reflejada en las Escrituras. Siempre se la evoca con palabras directas y rudas:

«Entonces dirá también a los de la izquierda: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles”». (Mt 25, 41)

«Y si tu ojo te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti; mejor te es entrar con un solo ojo en la vida que teniendo dos ojos ser echado en el infierno de fuego»». (Mt 18,9 ; Mc 9, 47)

«Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan»». (Mt 7, 13-14)

En el Nuevo Testamento, el Infierno (o sus equivalentes, «gehena», «tinieblas», «fuego eterno», etc.) se ve citado 45 veces, o sea, mucho más que la mayor parte de las otras realidades que Cristo quiso hacernos conocer.

Hoy, el escepticismo con respecto a la existencia del Infierno ha llegado a todas las capas de la sociedad.

Resulta difícil en nuestra época admitir que un hombre limitado e ignorante pueda encontrar al final de su camino un destino eterno, completamente desproporcionado con respecto a sus acciones, ya sea este destino feliz o infeliz.

Volvamos al argumento filosófico que consiste en negar la existencia de Dios con el pretexto de que no podría haber creado un mundo imperfecto.

Hemos visto que esta imperfección, que es más bien una incompletitud, es posible de manera provisional por el carácter evolutivo del hombre y del mundo. ¡Pero, en el fondo, este argumento inicial es perfectamente exacto! Dios solo puede crear a largo plazo, a saber, el de la eternidad, cosas perfectas. Por lo tanto, será necesario, en el marco de esta concepción que en cierto momento los hombres entren en la eternidad, donde ya nada podrá cambiar.

El carácter provisional de nuestro mundo y el carácter eterno del mundo por venir son una necesidad lógica. Se puede perfectamente negar la existencia de Dios. Pero, si se cree en su existencia, no se puede negar la eternidad. Es cuestión de coherencia.

La eternidad es una realidad intrínsecamente vinculada a la de la existencia de Dios.

Finalmente, la existencia de un Infierno eterno no es la prueba de la inexistencia de Dios, sino de la libertad y de la inmortalidad del hombre, cuyo destino eterno tendrá que sellarse en un momento dado.

20. «La Biblia no es sino un conjunto de leyendas primitivas, llenas de errores»

Esta afirmación, también muy difundida, no pretende ser la prueba de la inexistencia de todo dios creador. Lo que rechaza es la existencia del dios de los judíos y de los cristianos. Al insistir en los supuestos errores de la Biblia, lleva a la conclusión de que un dios no puede haber inspirado una obra semejante. Ahora bien, ya que los cristianos y los judíos creen con firmeza que su Biblia fue inspirada por Dios, ese dios no puede existir, puesto que se equivocó tanto.

Cabe constatar que semejante razonamiento se basa en una gran ignorancia de la Biblia. En realidad, es más bien lo contrario que se impone hoy como verdad; de hecho, esperamos que los dos capítulos sobre el tema lo hayan demostrado ampliamente.

La existencia de las «*verdades humanamente inalcanzables de la Biblia*», tal como las hemos llamado, constituye a nuestro parecer una prueba bastante poderosa de la existencia de un espíritu superior.

Conclusión

Para todos aquellos que deseaban explorar seriamente la cuestión de la existencia de Dios y asentar su elección en bases sólidas, no bastaba con disponer de las pruebas actuales de la existencia de Dios. También era necesario tener respuesta a los argumentos o pruebas que presentan quienes defienden la idea de su inexistencia. Tal era la razón de ser de este capítulo importante».⁵

5. No hemos abordado algunas pruebas extravagantes, como la de la invisibilidad de Dios, que atestiguaría sobre su inexistencia. Cabanis, médico anatomista del siglo XVIII, se exclamó: «*iNo he encontrado el alma bajo mi bisturí!*». De manera semejante, Yuri Gagarin, cosmonauta soviético perfectamente disciplinado, exclamó en 1961, en la nave espacial Vostok 1: «*iNo veo a ningún Dios allá arriba!*».